

Con motivo del Certamen Literario de la Sociedad Argentina de Reumatología 2014, de cuyos ganadores se publican los cuentos y poesías en este número de la revista, el Dr. Sergio Paira, que fue el ideólogo y promotor del mismo, ha escrito la siguiente editorial:

De médicos y literatura

“El médico verdadero, el que tiene el alma de tal, el que se interesa por el dolor y la miseria de la sociedad en que vive, no puede prescindir de ser un sociólogo, no puede prescindir de ser un político, no puede prescindir de ocuparse de la cosa pública.”

Araoz Alfaro

Evidentemente los valores han cambiado, nos los han hecho cambiar, las palabras ya no significan lo mismo; Chomski dice “las palabras no son inocentes, se articulan en la gramática, pero se construyen de modo ideológico”.

El poder es hoy palpable, visible, grotesco, sin embargo, no queremos verlo, o lo minimizamos, nos engañamos de cualquier manera. Algunos llegan a decir “el fin de las ideologías”. Criticamos la deshumanización, la indiferencia, la pérdida de valores, de lazos sociales, el consumismo, la falta de compromiso, de pasión, etc., pero ¿no lo fomentamos en nuestros actos cotidianos?

Según Negri y Hardt, vivimos dominados por un imperio supranacional que no tiene fronteras; es globalizado y globalizante, principalmente financiero (500 billones de dólares sin ingresar al sistema productivo), pero que impacta en lo social, regulando, estructurando y gobernando las relaciones humanas. Su objetivo final es el control de la vida social en su totalidad: biopoder. (La dignidad del otro, Paco Maglio)

¿Deberíamos hacer como dice Joaquín Sabina? “y donde huir cuando no quedan islas para naufragar”. Debemos huir, si debemos huir... pero a resistir, porque hay lugares de resistencia a nuestro alrededor.

La Literatura me hace pensar, me apela, me conmueve, me interroga, muchas veces me pone en crisis... y un día me preguntaron por qué seguía en un hospital público y escribí lo que sigue:

Me preguntaron si era mística, talento o como se llame, no importa el nombre hoy. Y yo me digo: éste es el peor momento de mi vida, el más desesperante, en el que circunstancias que tienen que ver con pérdidas, me llevan a la soledad total y absoluta. Siempre sostuve que uno viene solo

y se va solo de este mundo, pero hoy, mis raíces están desnudas y se muestran tal cual son.

¿Cuáles eran mis SUEÑOS? Tantos y tantos.

Y como dije una y otra vez me ENAMORÉ de mis sueños. Nací rebelde y me rebelé más aún, y quise volar y volé, volé, volé tan alto que me encantó volar. Encontré mi lugar, mi espacio. No tenía límites y descubrí, además de la REBELDÍA, otra palabra maravillosa: LIBERTAD. “Sueños, rebeldía y libertad” se llamaba, en ese entonces mi nave, pero había un secreto, para poder volar no tenía que decirle a nadie que volaba. Mis viajes fueron realmente hermosos, veía mi mundo, lo tocaba, era totalmente feliz.

En ese maravilloso vuelo descubrí a mi semejante, al “otro”, lo reconocí, lo toqué, ese otro era yo y aprendí la SOLIDARIDAD. El mundo se abrió a pasos agigantados. La lucha por los derechos civiles, en contra de la guerra, de la sociedad de consumo, nos llevaba a pensar que el mundo era “nuestro”, que podía y debía cambiarse, y que nosotros éramos esa generación que debía hacerlo, ese no era nuestro destino, sino nuestro desafío.

Era una generación creativa, era hermoso aquel tiempo, todo armonizaba, la música, la poesía, las ganas, el desparpajo de los compañeros.

Apareció en ese instante el COMPROMISO, enorme, no entraba en mí, y yo rebosaba de placer. Creía y creía, y me encontré con la ALEGRÍA y la ESPERANZA. Seguí volando inmensamente feliz, mi vida no era más terrena, era totalmente espacial, mi nave era maravillosa.

Otro mundo me esperaba, había decidido estudiar lo que siempre había querido ser: médico, estar al servicio del semejante, del que sufre, del que menos tiene, ese iba a ser el compromiso con mi vida. Quería ser muy bueno, no fra-

casar. Mi fracaso llevaría a otros al fracaso. Iba a hacer lo imposible para lograrlo y la PASIÓN se cruzó en mi camino. Mi mundo era tan intenso, no tenía tiempo, todo lo mío pasaba rápido, no me daba cuenta, mi objetivo era tan claro, no había dudas. El FUTURO era mío, yo manejaba esa máquina asombrosa, no sabía cómo definirla, con el tiempo encontré su nombre, eran las UTOPIÁS.

Tenía que dar y dar, quería enseñar y enseñar, mostrar todo esto que me pasaba a los otros, quería hacer escuela de estas cosas y apareció la HUMILDAD desde ella podía llevar adelante todo esto y resistir lo que ya se veía venir. Aprendí a RESISTIR. Tenía que usar algo que impidiera que llegaran al núcleo más débil, mis SENTIMIENTOS; descubrí como protegerme y encontré la MÁSCARA, no podía mostrar que a pesar de todo... ¡volaba! Y mi felicidad estaba en el cenit.

El día era corto, el tiempo no existía o no importaba, y crecía y crecía con unas ansias que me quemaban, lo había logrado.

Había una cosa que no sabía y que no quiero saber, ni aprender y era CALCULAR: la obscenidad del dinero, el acomodo, la desesperanza, el desamor, la envidia, el desprestigio de la pasión y una que siempre me atormentó, la MEDIOCRIDAD, que según dicen es más contagiosa que el talento.

La REALIDAD quería, es más, insistía en hacerme ver que mi máquina estaba con sobrepeso, la carga era muy grande, ILUSIONES. Preferí ignorarla, como siempre, y continuar. Las sombras me rodeaban, no las veía o no me importaban, podía con ellas y me gustaba que estuvieran cerca, era todo un desafío darles batalla, perder la mayoría de las veces y en las menos vencerlas y despejarlas.

Seguía volando feliz, a menor altura y de golpe a mi alre-

dedor, otras máquinas circundaban “mi” espacio, hermosas, atractivas, deslumbrantes, enceguedoras. Adelante dos enormes bombarderos, con pilotos serios, rostros adustos, sus nombres CAPITALISMO y GLOBALIZACIÓN, más atrás una gran flotilla de naves. Notaba algo raro, sus pilotos sonreían (¿quizás de los nombres de la mía?), iban disfrazados, alegres, parecían felices; no entendía que pasaba, pero eran cada vez más. Sus máquinas tenían otros nombres, más raros aún: hambre, consumo, guerra, egoísmo, individualidad, desempleo, injusticia, esclavitud. Sin embargo, ellos me decían que el mundo y la vida eran... hoy, que el mañana no existe, que nada puede ni debe cambiarse, que es así.

Mi máquina comenzó a fallar, aterricé de urgencia en mi lugar, en mi isla ilusoria, pero mi gente había cambiado, sonreían, estaban disfrazados, parecían felices. Ellos me llevaron para atrás, bien al fondo, y ante mi asombro me mostraron todos los aviones que ya no volaban.

Ausencias, desencuentros, mi gente -que desconozco mi raíz desnuda, mi máscara hecha trizas y por supuesto... “ellos” los que sabían que volaba me dejaron a merced de la DERROTA...

He decidido despegar de vuelta, con la misma carga, probablemente me cueste, pero a la derrota se la vence haciendo **cada vez mejor lo que uno sabe hacer**. Comenzaré hoy mismo (ojalá que otros me acompañen) para hacer la nueva canción: “de la derrota crear primavera”.

Y la Literatura hace posible atravesar derrotas y llegar a primaveras. Comprender lo que duele y lo que alegra en uno y en los otros. Abre mundos ignorados: los propios y los ajenos (aunque, en verdad, nada de lo humano nos es ajeno dijo alguien, alguna vez).

Dr. Sergio Paira

La camisa de salir

Debía ir a comprar el botón que había perdido, era una de las prioridades en la lista de tareas pendientes, pero le daba pereza caminar esas dos cuadras con tanto calor. Esperaría a que el sol bajara un poco.

Miró la camisa de salir y recordó con nitidez la última vez que la había usado: el aire quemaba como en el infierno y la gente lo saludaba y le palmeaba la espalda sin consideración por su espacio físico perimetral, o lo abrazaba (como el calor), ignorando las gotas de transpiración que corrían por su nuca y sus axilas e inundaban su ropa interior. Tenía la camisa adherida a la piel como un abrigo. El aire viciado por exhalaciones ajenas lo mareaba y se sentía ahorcado a pesar de que a último minuto decidió no ponerse corbata. No la hubiera tolerado, pero todavía hoy dudaba si no había sido faltarle el respeto a su mujer, que se merecía una despedida correcta y decorosa, como ella había sido en vida, aunque hubiera tenido el mal gusto de elegir una mañana de calor tan bochornoso para morir.

Aquel día, las altas temperaturas y la deshidratación fueron demasiado para su cuñada María Angélica, que cayó al lado del ataúd arrastrando uno de los arreglos florales que habían enviado sus compañeros del club de bochas. En ese momento pensó, con malicia, que no había llorado tanto como para deshidratarse. Y dejó escapar una sonrisa ante la grotesca visión de sus piernas repletas de várices azuladas.

De aquello se acordaba ahora, mientras se abanicaba en la reposera, y del olor del café que repartía la Tere, la fiel vecina que siempre había estado presente en los momentos cruciales de su vida: era la madrina de Martita, su única hija, había sido la mejor amiga de su difunta esposa y su propia confidente y amante.

Era una mujer serena que había sufrido una serie de infortunios y desgracias y contaba con más desilusiones que alegrías en su haber, pero tenía una entereza y una dignidad para enfrentar las dificultades que él admiraba profundamente. Nunca la había visto perder la calma. Eso la diferenciaba de su esposa, incapaz de tomar una decisión sin su voto de confianza, aun cuando se tratara de elegir el menú del día.

Le vino a la mente la sonrisa apacible y contenedora que le dedicó en el momento de cerrar el cajón, y cómo apoyó la mano sobre la suya, condescendiente. Y recordó lo mucho que ese gesto de intimidad le había molestado.

La vio pocas veces después de aquella jornada, porque una cosa era traicionar a su mujer y otra muy diferente traicionar su recuerdo.

Habían pasado casi tres meses y ahora debía volver a usar la camisa, pero estaba incompleta, le faltaba un botón. Pensó que era un buen momento para cambiarla:

había tenido siempre una camisa de salir, blanca, talle cuarenta y dos, indefectiblemente de la misma marca, y la había usado para cada casamiento, bautismo, comunión y velorio al que hubiera asistido. Con esa camisa había ido a la única entrevista de trabajo de su vida, trabajo que había conservado por cuatro décadas, hasta el momento de jubilarse. También la había utilizado para contadas salidas más o menos formales, si la ocasión lo exigía, como cuando le entregaron el diploma a su hija al terminar la escuela o en el homenaje que le hicieron en la fábrica cuando finalmente se retiró.

La había renovado diez veces, periodo dictaminado, en general, por el cuello o los puños que de tan ajados no resistían más cepilladas. Algunas habían conocido mejores tiempos y habían durado menos, pero usualmente cumplían su vida útil para la misma época, exceptuando a una que había estado maldita: la que estrenó para el casamiento de Martita, que se arruinó esa misma noche cuando alguien derramó una copa de vino sobre él, tiñéndola de violeta y condenando al matrimonio al fracaso, como un augurio.

Él tendría que haberlo visto: su yerno tenía problemas con la bebida.

El día del accidente en el que casi se matan, Martita decidió dejarlo. Volvió a la casa paterna, claro, pero los chicos eran muy ruidosos y le hacían doler la cabeza. Además, aunque su hija se ofendiera tuvo que decírselo: ensuciaban mucho. “*Son niños, papá... ¿querés que los esterilice?*” le había contestado, molesta.

Fue una de las peores etapas de su historia, pero por suerte duró sólo un par de años, hasta que Martita rehizo su vida y se fue a vivir al interior con un compañero del secundario. Él estaba orgulloso de su hija y una vez por mes la visitaba, encarando las dos horas y medias de viaje como una peregrinación religiosa.

Comprar una camisa nueva también era uno de sus rituales sagrados, mecánicos pero rigurosos, que exigía tomar un colectivo al centro, entrar siempre al mismo local, dar al vendedor de turno las referencias del producto (que bajo ningún concepto podía ser otro), salir sin medírsela protestando apenas por el precio, y al volver a su casa colgar la camisa en la percha de su predecesora para doblar de manera minuciosa la anterior y colocarla en la pila de camisas blancas. Esa era la bitácora de su vida, escrita sobre su ropa e imposible de leer excepto en su memoria. Con seguridad, las de abajo habían asistido a mejores eventos, ya que últimamente llevaba pocas fiestas y demasiadas visitas a casas de sepelio. Así era envejecer. De cualquier modo no extrañaba la vida social porque ni aún en sus días de gloria había tenido demasiada. Le fastidiaba

la gente y no sentía necesidad de compartir lo que le estaba pasando. Por otro lado, nunca le había pasado gran cosa.

Decidió que esa misma tarde se compraría otra camisa aunque ésta no estuviera tan gastada, y que la dejaría sin el botón. Calculó que, aunque rompiera la regla, tendría que pedir un talle menos, o dos. Había adelgazado bastante porque le costaba mucho cocinar y la Tere había dejado de ofrecerle su ayuda. Reconoció que le había hecho demasiados desplantes. Resolvió también que no cuidaría tanto a su nueva camisa. Que iría el fin de semana a visitar a sus nietos y permitiría al menor que lo abrace con sus manos llenas de barro o de dulce de leche, y que no se enojaría si el mayor lo acribillaba, feliz, con su pistola de agua.

Le pareció provocador, pero consideró comprar una celeste en lugar de la clásica blanca. Descartó la idea.

Imagino que ésta podía ser la camisa que llevaría puesta el día de su entierro y calculó que entonces en la pila faltaría un par, las diferentes, las que marcaron el cierre de dos etapas: la prenda perversa que como un oráculo había anunciado la catástrofe de su familia, y la que se llevaría puesta a la eternidad, con las manchas que serían la evidencia de que alguna vez estuvo vivo.

Hizo planes para esa noche: llamaría a la Tere para invitarla a cenar, y cocinaría él, fideos con queso si era necesario. Y se pondría su camisa, aunque fuera “de salir”.

La Tere le diría que “vida hay una sola”, y tendría razón...

¿Y si era cierto el rumor y ella estaba noviendo con el polaco del almacén?... hablaría con los muchachos para preguntarles qué hacer, pero pelearía por su cariño, de eso no cabían dudas. Se sentía en desventaja porque su adversario era muy querido en el barrio, tenía mundo y hablaba otros idiomas, aunque no era hombre para ella: estaba demasiado viejo y achacado. Pensó en sí mismo y con consternación tomó conciencia de que no se le diferenciaba demasiado.

Se levantó de la reposera sintiendo el crujir de sus huesos y miró la hora. Tenía el tiempo justo y, si se apuraba, también podría comprar el bendito botón. Se conocía lo suficiente como para saber que no iba a poder dormir habiendo dejado algo sin hacer y no podía darse el lujo de darle ventajas a su insomnio.

Dra Erica Bortni

Esencia

*Un minuto, sin deberes
sin palabras sin ruidos
para dejar volar el pensamiento
sin decirle hacia dónde.
Para saber a dónde va
el instinto de mi alma
a dónde llega, dónde se detiene
a quién o qué es lo que ama.
Un minuto, para que desvanezcan
los hábitos que me han ido vistiendo
los trajes que me he puesto.
Para quedar desnuda virgen
de tantos preconceptos.
Un minuto, para saber
lo que es el despertar desde la nada,
y en ese amanecer nuevo de todo
poder palpar el alma.*

Dra. Aída Ejarque